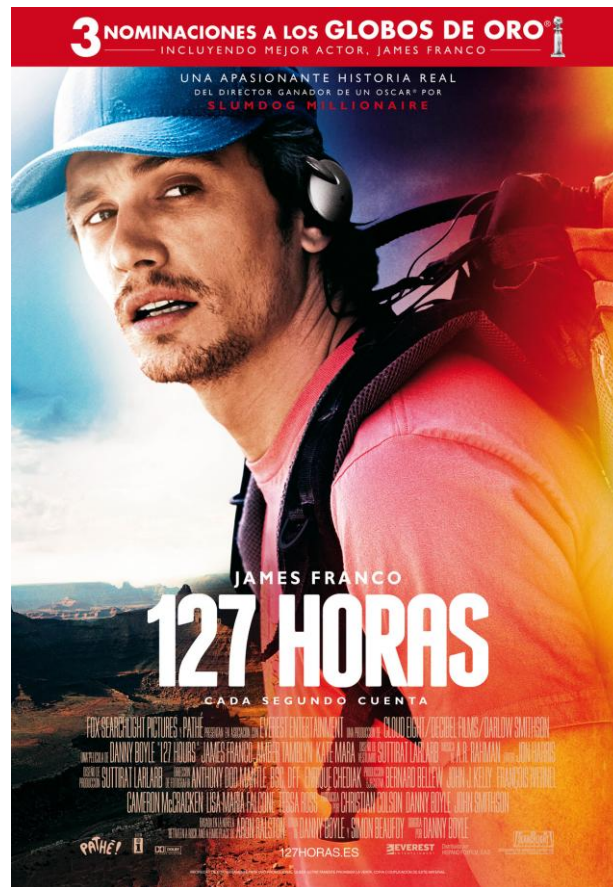


127 horas*

MARU ROCHA



Danny Boyle (Inglaterra, 1956) es uno de los cineastas contemporáneos más versátiles y creativos en el mundo del séptimo arte. Se ha ganado a pulso el prestigio y reconocimiento internacional. Bien puede realizar producciones de ciencia ficción (*Exterminio*, 2002; *Viaje al sol*, 2007) como igual desarrollar temáticas de humor negro (*Tumba a ras de tierra*, 1994, con la cual se dio a conocer al mundo) o de corte etnoantropológico-humanista y de denuncia social (*Quiero ser millonario*, 2008, con la que ganó nada menos que ocho Oscars y más premios alrededor del orbe) o incluso surrealistas (*Trainspotting*, 1996, la que lanzó al estrellato no sólo a él como director, sino también al actor que encarnó a un yonqui en pleno alucine inundado de las imágenes y encuadres de la más alta originalidad: el hoy célebre Ewan McGregor; estupenda realización pletórica de creatividad a la par de su roquerísima musicalización).

Así que *127 horas* (EU, 2010), el más reciente proyecto de Boyle, es otra variante de gran impacto dentro de su filmografía; en esta ocasión, un drama-suspense basado en hechos reales acontecidos a un escalador de montañas estadounidense, Aron Ralston, convirtiendo a este filme en una especie de “biopic”, casi un “docu-ficción” con la más perfecta y depurada realización. Tanto así, que nuevamente fue nominado este largometraje a seis premios Oscars (Mejor película, Actor, Guión adaptado —también del propio Boyle, a cuatro manos con su “guionista de cabecera” Simon Beaufoy—, Canción, Banda sonora y Montaje). Ciertamente no ganó ninguno de ellos, pero bien se los merecía.



Precisamente en el elenco de *127 horas*, ejecuta una impresionante y realista actuación James Franco, al representar al montañista que, en una de sus múltiples excursiones de senderismo en solitario por entre las cuevas y montañas de Utah (Blue John Canyon) en el año 2003, queda atrapado por una roca que le cae encima de su brazo derecho. Un solo actor sostiene impecablemente el peso de esta asombrosa odisea personal. Si bien aparecen otros actores (más bien puras mujeres: Amber Tamblyn, Kate Mara, Lizzy Caplan y Clémence Poésy) Franco es quien lleva la batuta en la totalidad de la cinta.

La historia está basada en el propio libro que escribió el protagonista verdadero, (Ralston), el cual denominó con el directo y nada metafórico título *Entre la espada y la pared*. Boyle y Beaufoy (el guionista, quien también ya se ha ganado un espacio y renombre en el mundo del celuloide, gracias a sus guiones y adaptaciones en largometrajes como *The Full Monty*, todo un éxito como comedia; *Closer*, igualmente estupenda cinta con Julia Roberts, Clive Owen, Natalie Portman y Jude Law; y la ya mencionada, *Quiero ser millonario*) adaptaron esta dramática experiencia de vida que se distingue no sólo del resto de las películas del propio Boyle, sino de las demás cintas que se ejecutan bajo esta categoría.

127 horas es un soberbio homenaje a la vida, a la capacidad de resistencia física de un ser humano, a la esperanza, a la fortaleza, a la impecabilidad guerrera de no dejarse vencer por el más aguerrido de los obstáculos que se pudiera presentar en el decurso existencial de cualquier ser vivo pensante, sea hombre o mujer. Y nadie mejor que Boyle para llevar a cabo esta estremecedora, pero a la vez, extraordinariamente creativa idea.

Hay escenas de todo tipo, que van de lo poético-filosófico a lo ecológico, de lo surrealista a lo cómico, pero en general las que dominan e impactan son exageradamente realistas; sin embargo, la secuencia más dura y espeluznante ha causado en algunos cines (de acuerdo a notas de prensa) desmayos y hasta amenazas de infarto (como se dice que ocurrió en el Festival de Cine de Telluride, en Colorado, donde dos personas necesitaron atención médica), en virtud de esa precisión dramática y realista que Boyle les imprimió. Esa escena clave es un tanto semejante a las de la polémica *La Pasión de Cristo* (Mel Gibson, 2004) que también llegaron a causar reacciones físicas adversas entre los espectadores; no obstante, en honor a la verdad, las de Boyle superan con creces a las de Gibson. De ahí que *127 horas* quizás sea catalogada como “no apta para cardíacos”. Es imposible no sufrir con ella: rechinar los dientes, apretar las manos, aferrarse al asiento, rebullirse en él y hasta patalear un poco, con la precaución de no lastimar a otro espectador que quizás esté haciendo lo mismo en su propia butaca.

La historia, en cierta forma, se asemeja a esa otra película taquillera, *Náufrago* (2000, con el exquisito y carismático Tom Hanks, quien, al igual que Franco, logra sostener la trama y el peso total de la historia sobre su cabeza). Pero son similares no sólo en el sentido del estupendo histrionismo, sino también en el hecho de estar los dos solos a merced total de los elementos de la naturaleza, disponiendo únicamente de los artilugios que ambos pudieron conservar tras sus respectivos accidentes. La gran diferencia entre ambas es que la de *Náufrago* es una historia ficticia, mientras que la de *127 horas* es completamente verídica, una autobiografía cinematografizada.

Altamente recomendable, con la debida advertencia para los que crean no resistir escenas muy fuertes y demasiado cargadas de realismo, que a su vez es uno de los muchos méritos de este filme. No se pierdan la música, es genial. Se encuentra en exhibición solamente en un cine de Colima.

marurochaz@yahoo.com.mx

*Publicado en El Comentario Semanal (16 de mayo de 2011).